

reiterativo y monótono y hasta perder al lector en medio del bosque. Pero los resúmenes al final de cada sección y toda la tercera parte ayudan a recuperar la visión global del tema, que, sin renunciar a la pluralidad y diversidad de matices, transmite claridad en cuanto a las ideas básicas que vertebran la reflexión paulina.

El trabajo resulta sólido y consistente, articulado a través de un diálogo permanente con los comentaristas (tal como aparece en las notas a pie de página) y de un laborioso trabajo metódico de disección pormenorizada del texto. Celebramos por tanto la aparición de este serio estudio dentro del capítulo de "Tesis y monografías" de las publicaciones de la Institución San Jerónimo.

J. HUARTE

Alberto del CAMPO HERNÁNDEZ, *Comentario al Apocalipsis de Apringio de Beja* (Institución San Jerónimo 25; Estella, Verbo Divino, 1991) 213 p. ISBN 84-7151-760-4.

El presente libro resulta sumamente oportuno. Pretende reparar el olvido multiseccular a que, injustamente, ha sido relegada una de las obras más influyentes sobre el Apocalipsis, así como el nombre de su autor, apenas mencionado en los documentos de la época. Sólo dos grandes de las letras sagradas de Hispania lo citan: Beato de Liébana, que menciona la obra de Apringio como una de sus fuentes de inspiración, y san Isidoro, que dicta de él este elogio: "Apringio, obispo de la Iglesia de las Hispanias, orador elocuente y sabio erudito, interpretó el Apocalipsis de san Juan apóstol con sutil inteligencia y brillante pluma, casi mejor que lo comentaron los antiguos escritores eclesiásticos" (*De viris illustribus*, XXX). Después el Comentario quedó sepultado en el silencio más absoluto.

El libro que reseñamos ofrece no sólo una traducción española críticamente cotejada con los mejores códices existentes, sino también una amplia introducción que ilumina la situación histórica en tiempos de Apringio y da cuenta de la gran importancia de su obra. Del autor se sabe que nació a finales del siglo V, en la Hispania visigótica. Se le denomina "obispo *Pacensis*". Dos ciudades se disputan el honor de haberle tenido como obispo: Beja, capital del bajo Alentejo (Portugal), llamada entonces *Pax Iulia*, y Badajoz. Durante el reinado de Teudis (531-548), ejerció el episcopado, desarrolló su actividad literaria y murió.

Si bien san Isidoro conoció y alabó este Comentario al Apocalipsis, al siglo siguiente ya era difícil encontrarlo en España. En los siglos posteriores hallamos tan sólo un manuscrito en posesión del canónigo de San Llorente, en Barcelona. Este manuscrito fue descubierto — azares del destino de los códices — en la Biblioteca de la Universidad de Copenhague por el benedictino Ferrotin en 1892 y publicado en 1900. Una mano anónima del siglo XVII resume sus peripecias:

"Este libro fue escrito a mano en Barcelona el año 1042, utilizando un códice más antiguo, y adquirido el año 1616. Trata del autor de este libro, Apringio". Este códice es el que se emplea para la traducción de A. del Campo.

La composición de la obra de Apringio coincide con la proliferación de otras obras semejantes, en contraste con fechas anteriores, de las que sólo conocemos los comentarios de Victorino (ca. 300) y de Ticonio († 380). En la época de Apringio surgen los comentarios de Cesáreo de Arlés († 542) en las Galias, Primasio de Adrumeto († 452) en África y Casiodoro Senador († 583) en Italia. El libro del Apocalipsis tuvo que superar enormes dificultades para ser aceptado como canónico, debido sobre todo a las interpretaciones milenaristas. Los dos grandes comentarios anteriores fueron tildados de milenarismo moderado (Victorino) y de tendencia donatista (Ticonio). En la Iglesia se sentía la necesidad de revalorizar el Apocalipsis y descubrir sus riquezas teológicas. De esta preocupación, compartida por pastores y pueblo fiel, surge el comentario de Apringio. Además, responde a una inquietud litúrgica, pues la liturgia obligaba a leer públicamente el Apocalipsis en la celebración de la eucaristía desde Pascua a Pentecostés, y era preciso dotar al predicador de un instrumento útil para la recta enseñanza de los cristianos.

El tono del presente comentario es expositivo, mesurado, sencillo. No entra en la polémica arriana. Elude toda exégesis milenarista. No está escrito contra nadie, sino en favor de los cristianos, a fin de que éstos redescubran y aprecien el Apocalipsis como libro canónico, divinamente inspirado, redactado por el apóstol Juan. El comentario refleja la doctrina patrística, dentro de la tradición de la Iglesia, y también la propia exégesis personal, pero siempre con un equilibrio intencionado. Resalta en su exégesis el aprecio por las etimologías y la explicación simbólica de los números. Predomina una interpretación histórico-literaria, lejos de la alegoría moralizante. Se emplean con gran profusión textos de la Escritura. Se destaca su importancia cristológica: los símbolos culturales y ornamentales del Apocalipsis se aplican primordialmente a Cristo. Además está escrito en un elegante latín. Esta obra de Apringio merecería ser incluida en los suplementos de la Patrología de Migne que se están editando.

El texto del comentario aparece primero en latín y después en español. A nuestro modo de ver, habría sido preferible que ambos textos aparecieran en columnas paralelas, lo cual permitiría cotejar simultáneamente una y otra lectura.

Indudablemente, el trabajo de A. del Campo presta un gran servicio a la Iglesia. Ha rescatado del olvido una obra importante y ha esclarecido sus circunstancias pasadas para la mejor inteligencia desde nuestra situación eclesial. Su lectura produce un conocimiento más lúcido del Apocalipsis, libro en el que, al decir de San Jerónimo, cada palabra es saludable como un sacramento.